

Cuentos del paraíso de las islas

11

05 Don Borondón el Babilónico

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-libro: El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 04/03/2023

Número de páginas: 21

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

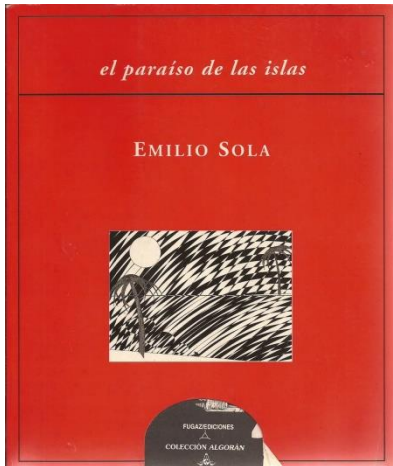
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.org

Cuentos del paraíso de las islas

11

05 Don Borondón el Babilónico



“Don Borondón el Babilónico” fue publicado en 1993 por la editorial Fugaz de Alcalá de Henares, y su tiempo literario llega hasta la muerte del protagonista, Son Borondón el Babilónico o Sargón el Antiguo, o Borondón el Antiguo, como también se le llamó, en el año 52 después de la gran guerra y de la muerte de Juan Bravo o JB, según la datación adoptada por el llamado “Paraíso de las islas”. Como siempre, es relato de un amanuense anónimo y su original procede de la llamada Biblioteca de don Borondón o del Naranjal. Se fragmentará en 5 entregas:

11-01, 11-02, 11-03, 11-04 y 11-05

He aquí el índice del relato, según salió en la edición de Fugaz:

<p>EPÍLOGO: Del amanuense para el lector, con DEDICATORIA incluida.</p> <p>2.- DON BORONDON EL BABILONICO.</p> <p>2.1.- Don Borondón el Babilónico, conocido como Sargón el Antiguo en Oriente, toma una copa de vino en la terraza de la casa del naranjal.</p> <p>2.2.- ¡Salud, amigos!</p> <p>2.3.- La biblioteca habitada de la casa de don Borondón.</p> <p>2.4.- Don Borondón y la luna llena.</p> <p>2.5.- Ante el espejo: “La gran aventura”.</p> <p>2.6.- La construcción de la plataforma circular.</p> <p>2.7.- Chito Gomes, los chicos de Spalato y la música para la plataforma.</p> <p>2.8.- La música, los grupos de la costa y el chiringuito de Eulogio.</p> <p>2.9.- Eulogio y Josefina y sus hijas Josefina y Verónica.</p>	<p>2.10.- Leila Naser llama al Babilónico “nostálgico, borrachón”, y éste charla con Erik Andersen, gran jardinero.</p> <p>2.11.- Los niños Fito Naser y Lavinia Plonka en la casa de don Borondón y la historia del hombre del perro negro y el niño Saigo Newman.</p> <p>2.12.- Con la luna llena de mayo, el Antiguo se pasa el día hablando de la libertad y se despide de la casa-biblioteca del naranjal.</p> <p>2.13.- Don Borondón se instala en la plataforma durante la fiesta de la luna llena de mayo.</p> <p>2.14.- El Antiguo y don Severino Muntañola recuerdan tiempos antiguos.</p> <p>2.15.- Don Borondón es condecorado y desenlace provisional de la historia de Miriam María y el Hamuñ Norodín.</p> <p>2.16.- Gente nueva llega a la casa de don Borondón, entre ellos Tittina Entrambosaires y sus hijos Estambuli Entrambosaires y Alta</p>
--	---

<p>Gracia. La muerte de los jóvenes griegos Constantino y Melina.</p> <p>2.17.- Días de junio del Antiguo encerrado en la plataforma.</p> <p>2.18.- La luna llena de julio, la música y la muerte de don Borondón.</p> <p>2.19.- La gran pileta de plástico y cerámica dorados.</p> <p>2.20.- El amanuense interpola de nuevo: la luna de don Borondón.</p>

saña del alma, Miriam María. Se acercaban hacia la plataforma Leila y Erik. "Tú vuélvete a Alejandría con tu querido Norodín y deja a este viejo tranquilo, niña. Un día sabrás que la realidad tal cual sea es, por fuerza, plenitud, como dijera más o menos aquel..." Después de una breve pausa -ya estaban Leila y Erik al pie de la plataforma y lo pudieron escuchar-, añadió solemne:

129

-Considérame vivo y a tu lado cada vez que sientas la felicidad en tu braguita.

Leila y Erik llevaron a Constelación al aeropuerto. Miriam María se fue a buscar a Simón el Mago y a los Hamuínes para preparar viaje y el Antiguo hizo ascender la plataforma y el resto de la tarde se lo pasó en lo alto, silencioso y con música de piano, saxos y guitarras.

2.16.

En su tiempo de estancia en la casa de don Borondón, a la Hamuína Warda le había surgido un enamorado fiel, un turista yanqui de nombre Bob que vivía en un hotel de la costa. Un día la había visto en la playa y debió quedar fascinado por aquella belleza hamuína; todos los días que siguieron, desde que Warda aparecía por la playa o el naranjal hasta que se retiraba por la noche a dormir, el yanqui Bob la seguía a todas partes a una distancia cortés o respetuosa. Al principio aquella presencia continuada del chaval había inquietado a Warda, hasta que acabó por acostumbrarse y hasta se sentía vagamente halagada. Diez o

doce días antes de su viaje de vuelta a la zona de la gran muralla verde, el yanqui Bob se había atrevido a hablarle, pero -debía ser un caso de extrema timidez- no había pasado de musitar dos o tres frases; una de ellas Warda llegó a comprenderla, algo así como “I love you... I am Crassy...”, que le había dado una pista para juzgar el comportamiento de su enamorado seguidor; la Hamuína le contestó con la más hermosa de sus sonrisas y un “Smahli, benaami, I don't understand you” que consiguió el efecto de hacer enmudecer al mozo, no se sabe si efecto deseado por ninguna de las dos partes. Muchas semanas después de la vuelta de Warda al sur aún podía verse a diario al yanqui Bob vagar por la playa o el naranjal, aunque ya la gente había olvidado y no relacionaba su presencia con la Hamuína. Al final del verano había osado presentarse un día ante Leila Naser con un diccionario en el que señaló dos palabras, “pubis” y “florido”, y eso fue todo. Con el otoño no habían de verle de nuevo. En las conversaciones se hacía referencia a él como el “buscón enamorado de un pubis florido”. En años sucesivos el yanqui Bob había de seguir apareciendo en los meses de mayo -ya desaparecido el Antiguo- por la casa del naranjal.

No había costado mucho convencer a Norodín -era un chico razonable- de que viajase con Simón y Warda a su región y allí solucionase el traslado a Alejandría; no suponía más de dos horas en la terminal de la gran muralla verde y, así, podía también despedirse de su gente. Simón el Mago, gigantón barbudo poco hablador, tenía un gran poder de convicción; un único argumento suyo en una discusión podía ser definitivo para convencer a todas las partes, aún en las más intrincadas situaciones. Su cabezota sintetizaba en segundos datos que en una computadora hubiera llevado horas de trabajo. Originario de familia de leñadores de Canadá, había abandonado muy joven su región de origen y había viajado como pastor y leñador por amplios territorios de Australia, Argentina, Brasil y Venezuela; aquí había conocido a

Prisciliano Manfredi, antes de su incorporación a las islas en vida de Lauri Bujudmi, el padre del cuchillo, y con él se había venido al Mediterráneo; integrado con facilidad en los grupos de las islas y de la costa, había terminado instalándose, años atrás, en uno de los tramos de la gran muralla verde, corazón del territorio de los Hamuúnes. De nuevo amplio llano, interminable horizonte horizontal que permitía reposar la mirada lejos. Desde su llegada a territorio de Hamuúnes, éstos habían valorado su realismo, captado su extraordinario sentido común, y pocas semanas más tarde le habían invitado a formar parte de sus yemas tradicionales. Una observación de Simón el Mago tenía siempre para un Hamuún peculiar importancia. “Hacia el sur y hacia el este, Norodín; clave inequívoca de viaje feliz”, le había dicho Simón al chico, y éste había quedado con Miriam María en encontrarse en Alejandría en la próxima gran luna de junio.

131

Con la luna nueva comenzó a llegar a las casas de la costa gente nueva, a la vez que se iban yendo los anteriores visitantes, y con ellos nueva animación, nuevas historias, nuevas fiestas. Aunque había para ello otros viajes programados, algunos pocos aprovechaban su estancia para consultar alguna sección de la biblioteca del Antiguo. Pero la verdadera atracción era el propio Borondón ya instalado en su “trono”, “entronizado”.

Consuelo Entrambosaires llegó el día uno con sus hijos mellizos -;siete años ya! ¡cómo pasaba el tiempo!- Alta Gracia y Estambuli. Alta Gracia, dorada y menudita como su madre, era un portento de niña sabia; conocía todos los nombres de las islas y regiones de la costa con sus accidentes geográficos -bahías, cabos, montes, ríos-, pueblos y ciudades, tradiciones dominantes, gentes que las habitaran y realizaciones más sobresalientes; era una especie de niña guía-turística excepcional. Estambuli, mulato claro, introvertido y observador, se podía pasar ho-

132 ras en un rincón contemplando un hormiguero, una tortuga comer, las olas del mar en los roquedales de un acantilado o el fuego minando los troncos de madera de una hoguera. Llamaban a su madre Estambulina y era Estambul su ciudad de origen, la ciudad de su infancia, punto de partida o referencia para ellos. Allí se había afincado unos veinte años antes Consuelo Entrambosaires, allí había organizado su grupo y casa, allí le habían nacido sus dos hijos mellizos, allí pensaba quedarse, en principio, para siempre.

El mismo día que llegara la encantadora trinidad estambulina a la casa de don Borondón, había llegado un grupo de tres turistas japoneses y dos vietnamitas, dos chicas y tres chicos, en “viaje de conocimiento y de contactos”. Leila Naser había ido a esperarlos al aeropuerto con Erik en uno de los camioncitos de la casa; don Borondón estaba en la plataforma con los niños Alta Gracia y Estambuli, bajo la amorosa mirada de la madre Estambulina/Consuelo Entrambosaires, que le narraban su último viaje a Malta; al enterarse de la llegada de los chavales del Lejano Oriente, sonrió; “como en los viejos tiempos”, pensó, y dijo:

-Dadles techo, comida, conversación afable, trabajo y direcciones para continuar el viaje.

Aquel procedimiento de viajar ya no se usaba mucho en las islas. El viaje con la madre y, luego, los viajes de adulto lo habían sustituido y las computadoras habían contribuido a ello; pero cada vez que de lejos llegaba alguien y especificaba que era el suyo “viaje de conocimiento y de contactos”, era acogido con la máxima cordialidad; suponía un reencuentro con los orígenes, con la época de la Gran Confederación y la Operación Ulises, con el nacimiento del paraíso de las islas. Sergei, Paula y la otra chica de Spalato se hicieron cargo de ellos; eran visi-

tantes pero estaban bien enterados del ritmo de vida cotidiana, por otra parte muy similar al de su costa de origen.

El día dos llegaron Prisciliano Manfredi, Tatiana Fontenova y Montse Pujol; con media hora de diferencia habían llegado al aeropuerto Prisciliano por un lado y las dos mujeres por otro. Leila Naser y Consuelo Entrambosaires -había insistido en acompañarla a recibirles- se emocionaron al ver y saludar a los viajeros, imborrables recuerdos de vida en común les unía, aquellas lágrimas se aproximaban mucho al estado de plenitud o de felicidad. 133

La tarde del mismo día llegó un camión de cavernícolas cargado de hermosuras. Eran los cavernícolas un grupo disparatado, por lo heterogéneo, de lo que antaño llamaran “artistas plásticos”: pintores o escultores, aunque más bien diseñadores ya o proyectistas, así como algún escritor, aunque pocos. Se habían ido instalando en los archipiélagos entre Ragusa y Venecia, costa servio-croata-ilírico-istrio-veneciana, adriático corazón. En el otoño e invierno no salían de sus “cavernas”, en donde vivían intensa vida de creación -podía hablarse de invernación-, normalmente emparejados en parejas homo y/o heterosexuales; si algún niño nacía se le integraba y educaba en alguna de las casas de los niños de la costa o del sur de Italia. Con la llegada de la primavera se organizaban en expediciones que recorrían la costa y las islas exponiendo los trabajos invernales -esos camiones “cargados de hermosura”-, entregaban y recogían los encargos de la temporada anterior o de la siguiente, difundían los nuevos diseños de lo que fuera, trajes, zapatos o sombreros, objetos de uso cotidiano, lámparas o anillos. Hasta el otoño, en que volvían a sus “cavernas”. La llegada de un camión de cavernícolas era una fiesta en cualquier lugar a donde llegara, fiesta grande tradicional en la casa de don Borondón. Pinto Godinho, cavernícola de primera hora, un extraordinario y muy conocido y admi-

rado pintor, el hombre de la soledad y las pesadillas invernales, de la alegría y la excitación y de los juegos estivales, era, además, especialmente amado del Antiguo.

134

El día tres llegó Ahmed Pujol -"el hombre de los cinco caninos" o "el hombre del colmillo verde", le decían- con un día de retraso; Prisciliano Manfredi había anunciado la víspera que el Pujol había hecho una escala en la vecina isla de Ibiza para pasear hasta su casa de origen, la del huertito de los almendros. Durante toda la luna creciente no dejó de llegar a diario algún viajero y aquellos días transcurrieron en un gozo. La explanada-jardín anderseniano frente a la plataforma se había transformado a causa de la exposición -con frecuencia happening- de los cavernícolas y don Borondón se mostraba más hablador que nunca.

La velada del día de gran luna transcurrió con ritmo apacible, menos música que la anterior y más conversación. Se había evocado el tiempo del padre del cuchillo Lauari Bujudmi, tutor de Prisciliano Manfredi, y alguien rogó al Manfredi que mostrara su tatuaje nalgar; el Antiguo lo había visto en una ocasión, pero hacía bastantes años de ello, y Prisciliano comentó, como era habitual en circunstancias parecidas, que el gesto de mostrar sus nalgas a la concurrencia no era gesto airoso, que prefería -sus más próximos lo sabían, por ejemplo Ahmed Pujol, que ni prestaba atención y jugueteaba con los niños Estambuli y Alta Gracia- un estriptís completo y breve exposición para quien lo deseara: el tatuaje diminuto de su nalga con el signo de la fertilidad y de la vida había que apreciarlo de muy cerca. En pie junto al Antiguo, que se había puesto los lentes para observar el tatuaje nalgar, Prisciliano se despojó de la camiseta primero, luego de las zapatillas, el pantalón y el calzoncillo/calzón de baño, todo a sus pies, montoncito multicolor. Montse Pujol contempló el cuerpo desnudo de su amigo antiguo, hijo de la gran guerra como ella, más de medio siglo atrás, cuerpo

desnudo que tantas veces había contemplado en circunstancias parejas, y en un instante cobró conciencia de la belleza perdida, de su propio cuerpo en decadencia, y se le iluminaron los ojos con las lágrimas; se levantó de su lugar, dio un beso en la mejilla al Manfredi y otro a don Borondón -con sus lentes puestos observaba el signo de la fertilidad y de la vida en la nalga de Prisciliano- y con su propio manto -seda negra suave al tacto- cubrió los hombros y la desnudez de su buen compañero, padrino de su propio hijo Ahmed.

135

Fue entonces cuando sucedió lo de los chicos griegos. Dos días atrás había llegado a la casa del naranjal una pareja de jóvenes griegos -Constantina y Melina se llamaban- de paso hacia el sur, hacia la zona del chiringuito de Eulogio, con un niño de unos cuatro años de la mano, Héctor, y habían decidido quedarse en la casa hasta después de la gran luna. Al niño Héctor le habían instalado en el pabellón infantil, muy concurrido esos días. Aquella tarde y durante la fiesta de la noche no habían aparecido por la explanada de la plataforma, pero a nadie le extrañó su ausencia; el naranjal y la playa eran extensos, podían haberse ido al pueblo vecino, no tenían por qué estar allí a todas horas. "Simpática parejita -le había comentado el Antiguo a Leila; parecen jipis de los de antes", y había perfumado de pachulí la plataforma. Poco después de la media noche algunos bañistas en la playa se toparon con los cuerpos desnudos, inertes y abrazados de los chicos griegos. Avisaron a Erik Andersen y al médico Marco Aldobrandini, pero ya era tarde: habían muerto ahogados más de tres horas atrás. Erik trajo una larga escalera del almacén agrícola y entre media docena transportaron hacia la casa a la pareja de ahogados. Al pasar junto a la plataforma -Prisciliano Manfredi, envuelto en el manto de seda negra de Montse, charlaba con ésta y con el Antiguo- le dijeron a Borondón lo que acababa de suceder. Se quedó anonadado: era la primera muerte en su casa. Pidió su bordón -al día siguiente se lo habría de

136 llevar a Spalato Chito Gomes en su viaje de vuelta, regalo del Antiguo-, rogó que le acercasen los cuerpos de los jóvenes ahogados -denso silencio en torno a la plataforma y algunas lágrimas-, y acarició sus mejillas, pechos, vientre y muslos con gesto lento. Cuando volvió a su sillón lloraba. Se llevaron a la casa a los dos chicos ahogados, el grupo se disolvió y don Borondón -"¡tanta belleza!", habían sido sus últimas palabras escuchadas por Montse y Prisciliano- se encerró en la plataforma, las lonas en alto herméticas, y así pasó -Erik desde el pino cercano no había perdido de vista la torreta chata hasta el amanecer- todo el resto de la noche.

2.17.

No fue posible la recuperación. La muerte de los dos chicos griegos Constantino y Melina precipitaron los hechos y toda la luna menguante se la pasó don Borondón encerrado en su torreta, en alto la plataforma, sin comunicación alguna con el exterior, los mandos de enlace plataforma-casa bloqueados. De la cabina de control que manipulaban los chicos de Spalato podía llegar alguna noticia sobre el Antiguo, pero eran datos elementales, como "no ha tomado nada sólido en los últimos tres días", o "no fuma desde la última semana", o "perfuma de pachulí con frecuencia", o "ha escuchado música de Pink Floyd y de Malher en cinco ocasiones y a no muy alto volumen". Poco más. Eran signos de vida y de lucidez aún, pero Marco Aldobrandini opinaba que el viejo no pasaría de junio como continuara en aquel estado de inmovilidad física total. Leila Naser había recibido una orden

estricta y única del Antiguo -"no me molesten ni intenten conectar conmigo cuando no lo desee, y será fácil de saber cuando esto suceda"- y estaba dispuesta a defender hasta el final aquel deseo expreso de su amado Borondón. En la explanada y en la playa, así como en otros lugares ocultos a la vista del viejo desde la plataforma, habían instalado algunas tiendas o jaimas, pero nadie, salvo este intento de aproximación física, había osado interferir en la vida y el silencio que las lonas elevadas ocultaran. Erik no descendía del árbol ni siquiera para comer o dormir desde el entierro de los muchachos griegos; los chicos orientales ayudaban a los de su equipo en los trabajos del campo y le traían la comida al pino. Con cuidado sumo había organizado el Andersen el entierro de Constantino y Melina en dos arriates próximos a la plataforma del Antiguo, con posterioridad rehechos idénticos a como estaban antes de guardar tan bellos despojos, y los cavernícolas habían decidido conservar la exposición tal como estaba, por la que alguna figura silenciosa -el yanqui Bob a diaric, por ejemplo- vagaba con frecuencia.

137

Todos aquellos días de junio fueron, por otro lado, de intenso calor. Había días de calma, de una calma exasperante, sin una pizca de viento hasta el atardecer, y a la gente le afectaba sobremanera. A los niños los habían retenido en la zona del pabellón infantil, en su tramo de playa y naranjal. El niño Héctor permanecía allí, insensible a lo que sucedía a su alrededor; Lavinia Plonka se había comprometido a atenderle -"mi hijo Héctor", le decía desde que le comunicaran el trágico final de "sus papás"- y al niño se le veía bien, muy integrado con el grupo.

Esto es una interpolación. Al amanuense, que vivió aquellos días -"viví aquellos días"- no le satisface este capítulo. La vida de aquel sofocante mes de junio parecía marcada por un signo raro -lápiz azul o

añil o verde para carnes analizadas en matadero-, suspendida nube invisible pero casi táctil a algunos metros sobre el naranjal, y al que escribe no le gusta nada eso. Preferiría tratar de las gentes en otras circunstancias. En otra ocasión será. No es conveniente interrumpir aquí el relato. Sigo.

“¿Serán las bajas presiones atmosféricas? La gente anda no puede decirse que mal, pero no bien. Calor y humedad, día nublado, calinoso, calor de nube; la piel lo resiente, demacrados los rostros, las venas de las manos hinchadas tal vez a causa de una más lenta circulación sanguínea, vaso dilatado, perezosa marcha por tubos oscuros blandos interiores del líquido pesado, denso y rojo, tacto concreto, palpable posible enfermedad. Y en las horas de siesta más, tío, mucho más. Cruel, cruelísimo, sin piedad -no impío- castigador, de reflexión, aparentemente detenido -mas no, alentado, de lento-tiempo”.

“Cuando llega el calor debe de protegerse el hombre. El disco máximo pasa a ser tirano, la tierra se sobrecoge, estremece, estremecida grieta ante su alarido -sonido para el tacto- de fuego. Y sólo el mar -canto, caricia al tacto- es capaz de resistir a tan arrollador empuje y en él el hombre debe cobijarse, a su sombra horizontal, imagen de la noche, nocturno canto del otro benéfico disco, pozo iluminado. Lunático, lunático, arrepentido adorador del sol, visión del más allá que de tan directa mata, enfebrecido cantor. Ya nada sabes o todo, y es lo mismo, ya nada puedes”.

“El verano debe de ser más hermoso en los naranjales a orillas de la mar que en otros lugares. Más dulce con la brisa marina, renaciente -contraste- con cada atardecer. Amaneceres y atardeceres, brisas de la mar, ceguerón de la luz, pasada absoluta de cada orto, cénit y ocaso, pozo blanco en la noche o agujero, multitud de las estrellas. Don Borondón -tú mismo y el asombro o la perplejidad- en el naranjal, mínima partícula de vida y tan to-

tal que asustado, tío, asustadito me tiene. ¿Qué será morir? Ansioso del misterio, Borondón, voraz devorador, hambriento de más allá -o más acá, ansiado misterio desvelado-, insensible al miedo cuando tiempo es ya del ya, acróbata en pleno salto no más difícil que el acto de comer correctamente con cubiertos clásicos de un niño: cuchara, tenedor, cuchillo, cucharilla de postre, cuchillito. Y la copa del agua y la del vino, Borondón, no debes confundir las copas, Babilónico, ni encender a deshora un cigarrillo, Antiguo. El secreto comenzará a desvelarse pronto y desvelarte -imperdonable el secreto entre nosotros, puertas abiertas a la claridad-, y el naranjal continuará su vida de renacimiento en renacimiento, de vida y trasvida y más, si nada tremendo ajeno a él -horror- se interpusiera. Porque es dramático tener que contar con los accidentes, con la imprevisible muerte o lo que sea, interrupción del ¡zas! y aquí estoy de nuevo, o aquí pudiera. Huele bien. No hay eslabón perdido, no cadena, todo es un único naranjal transfigurado, o no transfigurado sino así, refrescado por la brisa marina de la tarde, reverberante, oh luz del mediodía, amaneciente”.

139

“Tantos plieguecitos del cerebro, como los intestinos pero en chiquito, intercomunicados entre sí y con lo otro, exterior, desplegados como una sábana azul que ascendiera acariciada por contrarios vientos, ala de ave inmensa y única y azul, fugacidad... en busca de algo que debe ser azul’, como dijera el otro, sobrevolando el mar, asustadito me tiene, tío, sobrenadando ya, balsa azul. Y las gaviotas y otros pájaros del naranjal. Cabeza reducida, Borondón, naranja. ¡Está tan próximo el mar y su sonido! Mareo”.

“Cagar es una delicia, los plieguecitos de los intestinos, como los del cerebro pero en mayor, intestino de herbívoros, intercomunicados y hasta el exterior, fluido acariciante. Música de la mar. Mareo. Viejo excéntrico, borrachón, Antiguo. Otro botón. Los mandos están locos. Sofisticado truco de avería posible y fácil”.

140

“Crisálida. Luz al través de blanco satén, tacto al raso y `qué tristeza cuando te beso y sabes a escayola’, como dijera el otro, Borondón de cristal tallado para siempre inmóvil. Pareciera una luz, pero no es sino espejismo muy lejano, reflejo de ella. Manos de inmensas proporciones sobre tu frente de anciano coronada de blancura. Tu isla estalla, Cracatoa, tu costa atravesada -terremoto marino, maremoto- por gargantas profundas grietas, al fin te ha penetrado el mar por la ventana, te ha penetrado y te embaraza o preña, Borondón Antigo, parirás. Pececitos de colores parirás y será el final. Roca monstruosa de Bomarzo, tallada máscara de piedra dura, a tu cintura raíces de matorrales contorsionistas, un plátano podrido y dos peras.

“O la gaviota majestuosa en el aire y torpe -y fea- en tierra. O el gavilán audaz. O el mosquito patoso camicace de las noches de calor insomne. O la palmera. ¿Dónde están las palmeras?”

“Como a Estambul o a Tombuctú, hay que llevar a Jamaica en el corazón”.

Al amanuense -y esto es otra interpolación- sigue sin gustarle este capítulo. Preferiría tratar a las gentes -en otra ocasión será- en diferentes circunstancias. Por eso utiliza letra mal perfilada. Duró -lo viví- toda la luna menguante de junio. Sigo.

La inmovilidad del Antigo era total y sólo manipulaba botones, en los últimos días, para defenderse si se sentía acosado. El único testigo que parecía no afectarle, cuando había comenzado a hacer descender muy de vez en cuando las lonas, era Erik en el árbol. Desde el control los chicos de Spalato comunicaron los datos a su alcance, uno de ellos “ha agotado casi las existencias de alucinógenos”.

Pero con la luna nueva pareció apreciarse una mejoría. No se restableció la comunicación plataforma-casa, pero el informe de Aldobrandini era esperanzador.

141

2.18.

La noche de luna nueva don Borondón habló por última vez. Mantenía la plataforma en alto y las lonas recogidas y fueron sus palabras para Erik.

-Eh, tú, amigo de equívoco nombre, ¿por qué no bajas de una vez del pino e intentas conseguirme unos prismáticos?

Erik, en vela como siempre que desde su nuevo alojamiento podía ver la figura del Antiguo, se echó a tierra de inmediato con el acostumbrado estruendo de ramas rotas y gruñidos, y corrió a la casa para conseguir los anteojos de larga vista. La voz de don Borondón se había escuchado con nitidez desde todos los puntos de la explanada; en el silencio de la noche había sonado con timbre raro e irreal. Muchos de los que dormían allí o velaban bajo los árboles y en las jaimas instaladas en las proximidades se pusieron en pie y eligieron puntos de observación desde donde poder ver al Antiguo. Su silueta estaba allí, inmóvil en su trono, pero no dejaría oír ninguna nueva palabra. Erik y Leila Naser llegaron de la casa con unos prismáticos y un pequeño telescopio; pasaron al interior de la plataforma, que don Borondón hizo descender a nivel del suelo, y le instalaron el telescopio mientras el viejo

se colgaba al cuello los prismáticos. No hubo tiempo de romper el silencio. Don Borondón estaba demacrado, pero su mirada era intensa y vivísima. Un sobrio “muchas gracias, amigos” fueron sus únicas palabras antes de volver a hacer ascender la plataforma. Se llegaron algunos hasta Erik y Leila para interesarse por el Antiguo; Erik, tras un momento de indecisión, sin responder palabra a los que preguntaban se volvió a subir al árbol.

En los días siguientes el círculo mágico de don Borondón pareció recobrar la vitalidad que Marco Aldobrandini temiera perdida para siempre un par de semanas atrás. No obstante, sólo una vez el Antiguo hizo descender la plataforma a nivel del suelo. Fue una mañana muy temprano que el viejo se distrajo con los prismáticos y la exposición de los cavernícolas, desierta de visitantes, cosa de un par horas; luego la hizo ascender de nuevo cuando el yanqui Bob entró en su campo visual, perdido por allí como sucedía con frecuencia. No había de haber más descensos -según Erik- reseñables. Se pasaba las horas oteando la costa, la playa y la explanada con los prismáticos y con el pequeño telescopio, mejor catalejo con trípode. La gente empezó a habituarse a aquella presencia un tanto lejana del Antiguo, se sabía observada, sus juegos en la playa sabían que despertaban su interés, y comenzaron a saludarle cada vez que calculaban que estaban dentro de su campo de visión. Fue una idea de Ahmed Pujol, pronto seguida por la generalidad. Más aún, media docena de veces alguno afirmó que el Antiguo había respondido a su saludo con un leve movimiento de brazo.

La música había comenzado a dejarse oír de nuevo con frecuencia inusitada y ya no a volumen casi íntimo, como en el periodo anterior, sino hasta atronante, una vez más reina del aire. Aldobrandini llegó a sospechar si el Antiguo no estaría perdiendo el oído. A finales de junio, cuando muchos iban a emprender viaje de vuelta a sus lugares de

origen, un atardecer el Antiguo había mantenido música de baile largo tiempo hasta llegar a organizarse una verdadera fiesta en la explanada; calcularon que la deseaba porque, iniciado el baile y muy concurrida la explanada, el viejo aumentó el volumen y mantuvo música marchosa hasta que la gente se cansó. Don Borondón, colgado de sus anteojos de larga vista, parecía no perderse detalle de la reunión festiva. Fue entonces cuando a Ahmed Pujol se le ocurrió organizar desfiles para el Antiguo; con la ayuda de los cavernícolas, que llegaron a cambiar de escenario cada día y a construir algunas carrozas, la gente comenzó a disfrazarse cada tarde con las galas más imaginativas que encontraba a mano y a organizar paradas en honor de don Borondón que nada tenían que envidiar a las tradicionales y legendarias fiestas de carnaval de tantas ciudades cálidas. Sergei, Paula y la otra chica de Spalato informaron de que durante esos días don Borondón había botoneado con frecuencia toda la gama de perfumes -habían tenido que reponer el pachulí, el ámbar y el azahar-, no había fumado ni bebido vino, aunque sí abundantes refrescos en los momentos más calurosos del día, y algunas noches tomado sedantes. Cuando, en los días de julio próximos a la luna llena, mucha gente empezó a irse y otros nuevos llegaron a las casas de la costa y a la del naranjal, la impresión general era que el Antiguo estaba bien; a pesar de que Aldobrandini se quejaba con frecuencia de su inmovilidad, parecía que el Antiguo tenía cuerda para rato.

143

La luna llena de julio, pues, fue recibida con la normal alegría, ya asumida por la gente la nueva forma de comunicación con don Borondón, y transcurría en un ambiente de renacida vitalidad. Después de un imponente orto de julio, camino de plata y rojo en el mar, acogido con el silencio de todos -el Babilónico en lo alto de la plataforma, inmóvil en el trono dorado-, comenzó a oírse música que para la mayoría sonó a festiva, del viejo reggae, aquellas canciones en las que Bob

Marley evocaba a Africa. Para algunos mejor conocedores de los gustos del Antiguo, sin embargo, aquella música encerraba un mensaje desazonador; Leila Naser comenzó a intranquilizarse al recordar que al viejo le impresionaba “esa manera de decir Africa de Bob Marley, y rastaman”. Cuando la antiquísima e inolvidable voz de Violeta Parra entonó su “gracias a la vida”, creció el número de los que se sintieron desasosegados, aunque la fiesta continuó con buen ritmo; como si de una piel del grupo se tratara, se acoplaron los danzantes a fragmentos muy hermosos de Patty Smith y de Lou Reed, aunque pocos conocedores de música antigua reconocieran los fragmentos. De nuevo volvió la desazón al escucharse una música con abundantes ruidos parásitos de viejo disco y en la que se insertaban o intercalaban risas; Leila Naser reconoció a los Pink Floyd y su nerviosismo se hizo más patente aún para los que estaban a su alrededor. Todos comprendieron que algo especial estaba sucediendo en la plataforma cuando, desde la explanada a los rincones más alejados de la playa y del naranjal, se escucharon los agudísimos como lamentos o chillidos, sin más, acompañados de batería dura, casi tosca y hasta desagradable para tantos oídos de una estrepitosa canción a volumen altísimo que -salvo Leila, que reconoció “child in time” y rompió a llorar- nadie identificó. Fue entonces cuando la plataforma descendió a nivel del suelo y, pocos segundos después, casi instantáneamente, se hundió en lo profundo de la fosa de cuatro metros bajo ella excavada, a la vez que los altavoces enmudecían y Erik se precipitaba a tierra desde lo alto del pino. El Andersen se abrió paso hasta el gran agujero -la gente se agolpaba en torno cada vez más numerosa e inquieta, todos intuían que algo trágico pasaba-, se descolgó a lo hondo, pidió una luz y dijo que hiciesen venir a Marco Aldobrandini y que, por favor, nadie más descendiera.

El Antiguo estaba tendido en su sillón-retrete, el respaldo abatido a su posición más horizontal, la cabeza hacia atrás y el dedo índice de su

mano derecha aún apoyado sobre el botón de descenso a bajo tierra. Aldobrandini certificó que don Borondón el Babilónico estaba muerto, simple paro cardíaco presumiblemente, muerte natural. La gran luna acababa de ponerse por la colina del naranjal.

145

2.19.

La gran pileta de plástico y cerámica dorados fue instalada en tiempo record por la gente de la casa de don Borondón y con la ayuda de los visitantes, incluidos los chicos de Spalato y los cinco orientales, según los planos muy precisos que tan bien conociera el Antiguo y con los materiales prefabricados almacenados con mimo en el pabellón de las agrícolas. Durante los tres días que duraron los trabajos a nadie se le permitió la entrada en la casa y en el naranjal. La playa, sin embargo, estaba abarrotada; la noticia de la muerte del Antiguo se había difundido con rapidez y de todos los puntos de la costa y de las islas llegaban visitantes. Un cartelón de grandes proporciones a la entrada de la finca lo explicaba minuciosamente, pedía disculpas y convocaba para una fecha posterior a todo el mundo que lo desease.

Nadie tocó el cuerpo muerto de don Borondón. Allí se quedó, con el dedo índice en el botón de descenso a bajo tierra, el bubú blanco cubriendo su desnudez, única mortaja, los ojos entornados. Leila sabía con precisión lo que había que hacer, que era no hacer nada. La gran pileta dorada y las canalizaciones de agua fueron sencillas de instalar; constituían una especie de tapón para aquel agujero en el que quedarían para

siempre el cuerpo muerto del Antiguo, los facistoles-tableros de mandos desconectados, los prismáticos y el telescopio, catalejo con trípode, mejor. La fuente, de diez metros de diámetro, de plástico y cerámica dorados, se recubría a capricho con el mecanismo de tubos y lonas; podía ser usada como piscina para niños, con pececitos de colores, surtidores, juegos de agua y, por la noche, juegos de luz y de sonido. El proyecto lo habían ejecutado los cavernícolas muchos meses atrás. Mario Pinto Godinho, amado del Antiguo, había meditado largamente el diseño y se había dedicado a él en sus menores detalles toda una temporada. Quedó más hermoso aún en la realidad que en el proyecto, enmarcado por los jardines que Erik Andersen planeara y realizara. “A medida que transcurra el tiempo, más exuberante y hermoso será el jardín”, comentaba éste. A Erik se le había metido entre ceja y ceja abatir el pino que durante el último mes de vida del Antiguo le había servido de habitación y puesto de vigilancia; aducía razones de estética, pero no era cierto; el árbol era frondoso y bello, alguna otra misteriosa razón debía rondar su cabeza. Más de un mes le duró la obsesión, pero hubo de desistir de la tala ante la oposición rotunda de todos, de Leila Naser en especial. “Ese es un capricho absurdo de viejo chocho”, le había llegado a decir la Naser en un arranque de mal humor.

La explanada, hasta la playa, se llenó de gente el día fijado en el cartelón. Hubo canciones, algunas dedicadas al Antiguo, recitados, chistes, baile... A Leila se le ocurrió que era un buen momento para mostrar a la gente el falso libro de cabritilla verde; lo consultó con algunos y a todos les pareció una buena idea. Corrían todo tipo de rumores sobre dicho libro y, sobre todo, aquello de “de profundo sentido filosófico” que a la Naser tanto le hiciera reír. Lo desempolvó de las eróticas e improvisó unas palabras de presentación:

-He aquí un libro, "La gran aventura", de autor anónimo, que bien pudiéramos considerar mágico. De un golpe de vista se obtiene de él una lectura exacta, siempre diferente para cada lector, misteriosa pero total lectura. Pasadlo de mano en mano, procurad no manosearlo demasiado, y luego, si queréis, lo rifamos. Ah, y no comentéis con el vecino nada de su contenido si queréis lograr un efecto sorpresa. 147

El libro pasó de mano en mano por todos los grupos. Algunos reían al observar su rostro reflejado en blanco y negro en aquel espejo peculiar; lo consideraban una broma. Otros se quedaban serios, absortos unos segundos en la imagen de su rostro sorprendido. Otros lo cerraban de golpe -"¡Bah!", o "¡Vaya tontería!"- y lo pasaban a su vecino. Erik lo observó unos segundos estupefacto y luego lo cerró enfurecido. Años después aún comentaba lo del libro de marras como una tomadura de pelo sin gracia y juraba haber visto -lo que él creía una fotografía- el rostro sonriente de don Borondón.

2.20.

Al amanuense se le olvidaba: a la luna llena de julio, ya sea luna de junio o luna de julio, la gente le llama, desde entonces, la luna de don Borondón.

FIN